

jas errantes, alimentarse y albergarse de la manera que pueden, escuchar con una santa codicia las palabras de caridad que les dirige, depositar sus penas en su corazon, pedir solicitamente la gracia de la reconciliacion, consolarse mutuamente por canticos santos, regar con lágrimas de alegría y de dolor el altar sagrado que Jesu-Christo riega con su sangre, sufrir constantemente las necesidades de la indigencia, la intemperie de las estaciones, olvidarse de sí mismos, para ocuparse de su actual felicidad, instar eficazmente al Pastor para que prolongue su feliz mansion. Pero una jornada tan consolante solo puede ser de corta duracion; otras ovejas llaman al Pastor en distinta parte; y luego á las lágrimas de alegría sucederán los llantos y los sollozos, con los tiernos despidos. Es un padre que vá á dexar sus hijos (1), y á quien estos ven

(1) Son muchas las provincias en que los Misioneros no pueden hacer sino cortas detenciones; haciendo suplir la instruccion, del modo que pueden, por catequistas, maes-

ay! quizás por la última vez. Ah! ; quan de diferente manera que nosotros, sienten esos dichosos Christianos, el precio de las gracias de que se hallan hambrientos, y de las quales la superabundancia ha producido desgraciadamente en nosotros la siedad, y el disgusto!

tros, y maestras, que por ser ordinariamente pobres, es preciso atender á su sustento, y á veces al de los que ellos alimentan con su trabajo, y los medios faltan. Es preciso asistir tambien á los Christianos encarcelados. Sería de desear, que pudiesen establecerse allí muchos Seminarios á fin de elevar á ellos los naturales del pais, en quienes se ven felices disposiciones para el sacerdocio; pero como todavia son harto escasos los recursos, y se hallan muchas tierras incultas por falta de medios, es indispensable dexar porciones remotas de Christiandad, que piden el pasto, y no se les puede dar. Los Misioneros que se envian de Seminarios fuera de Paris, son en tan corto número, con respecto á la extension de su distrito, que apenas pueden visitarlas una vez el año, y ciertos cantones de dos en dos años.

De los beneficios que la Religion de Jesu-Christo procura á la sociedad civil.

Los enemigos de la religion de Jesu-Christo le imputan, que hace al hombre infeliz en este mundo, porque sujeta sus inclinaciones; y que se opone á los progresos de las ciencias, porque prescribe límites á la razon. Mas, aun quando esta religion santa privase al hombre de ciertas utilidades temporales, quando fuese un obstáculo á los progresos de algunos conocimientos humanos, ¿qué serían todos los bienes de la tierra, en comparacion de la eterna felicidad que nos asegura? ¿qué serían todos los conocimientos humanos, comparados con la ciencia que hace conocer al hombre sus debéres y su fin, esto es, con la única ciencia de que le importa estar instruído? Sin embargo, á mayor abundamiento, voy á demostrar, como léjos de ser esta religion un obstáculo al bien

estar del hombre, y á los progresos de las luces, sirve al contrario, por una feliz influencia, al bien de la sociedad civil, y á los progresos de las ciencias humanas. Estas dos verdades harán todavía conocer mejor la divinidad de una religion, que velando siempre sobre el bien del hombre, lleva tambien por todas partes la marca de la sabiduría y de la bondad de su autor. Cosa admirable, decia un Filósofo moderno (1), la religion de Jesu-Christo, que parece no tener otra mira que la felicidad de una vida por venir, procura tambien la mayor felicidad de la presente. San Pablo lo habia dicho ya en menos palabras: *La piedad vale para todo* (2). Pongámos en claro esta verdad; y si nos vemos obligados á repetir alguna vez lo que se ha dicho, rogamos al lector que se acuerde de que en la exposicion de un cuerpo de doctrina, cuyas partes

(1) Montesquieu. — (2) La piedad vale para todo; porque tiene promesa de la vida que ahora es, y de la que ha de ser. 1. Tim. 4. v. 8.

tienen la misma base, es muy á menudo inevitable volver á los mismos principios, para demostrar las verdades que de ellos derivan, y que van despues por sus diferentes relaciones á abrazarse, y reunirse como en un centro comun de luz.

ARTICULO I.

De la feliz influencia de la Religion de Jesu-Christo sobre los bienes de la vida presente.

Jamás se habia pensado, que una ley de abnegacion debiese conducir el hombre al estado mas feliz que pudiese hallarse en la tierra, por el desapego de los mismos bienes que parecian constituir su única felicidad. Sinembargo, esta verdad que se nos presentaba como una paradoxa, ántes que la fé ilustrase la razón, se encuentra hoy tan bien demostrada á los ojos de la misma razón, que es todavía mas de admirar, que hubiese quedado por tanto tiempo ignorada. Para hacer mas sensible la

prueba, considerémos el hombre baxo tres diferentes relaciones, 1.^a respecto á sí mismo; 2.^a respecto á sus semejantes; 3.^a respecto al orden público; y verémos como baxo estas diversas consideraciones, la religion de Jesu-Christo se hace constantemente la amiga del hombre.

En primer lugar, considerado el hombre respecto á sí mismo. Las pasiones le muestran la felicidad en los placeres, en los honores, en las riquezas. Pero los placeres le degradan y le sujetan; las ilusiones de la embriaguéz no son mas que momentos de disipacion interrumpidos por el disgusto de la apatía, por la inquietud de los remordimientos, y por el peso de su propia exístencia. La sensibilidad y las pretensiones del orgullo, las inquietudes, los temores y las congexas de la ambicion le tienen en un continuo flujo y reflujo, y le entregan á la desesperacion quando se ve obligado á pararse.

Jesu-Christo procura un placer mas dulce y mas duradero, un placer exento de remordimientos é inquietudes,

porque está siempre de acuerdo con la verdad y la justicia: Haciendo amar la virtud, dá la paz de la conciencia, que es el primer bien del hombre sobre la tierra, y modera los cuidados y las penas de la vida presente, por la esperanza de una felicidad venidera.

La reputacion es un bien; mas, ¡ quantos desórdenes la marchitan! La ley de Jesu-Christo produce las virtudes, y la estimacion pública, que viene naturalmente trás ellas.

La fortuna es un bien necesario á las urgencias de la vida; pero los placéres y el luxo multiplican los apuros, y destruyen las mas ricas fortunas. La ambicion que todo lo aventura para elevarse, conduce siempre á la orilla del precipicio, si es que no abisme en él. La religion proscribte los vicios que absuervén las riquezas; condena la ambicion que las pone en peligro; cercena las necesidades de las pasiones que enpobrecen; recomienda la vigilancia, el trabajo, la aplicacion, que enriquecen, y triplica así las fortunas.

La salud es un bien; pero el cuerpo

se enmolece en la osiosidad, y se disipa por los excesos. Jesu-Christo reprueba el ocio, y nos sujeta á las reglas de la moderacion y de la templanza.

El primer bien de las familias consiste en la paz, el honor y la concordia; pero las familias se deshonoran por los vicios; las injusticias, los zelos, los odios, las antipatías, fomentan en ellas la discordia. La religion hace reynar la paz y el honor, con la virtud.

Las enfermedades del cuerpo, y la decrepitud de una vejez anticipada, son los tristes frutos de la depravacion de las costumbres. El Evangelio, sujetandonos á una vida sobria y laboriosa, nos prepara el goce de dias largos y felices.

Los deseos insensatos son el mayor suplicio del hombre; apetece lo que no está en su poder adquirir, ni conservar. De ahí los trabajos, las inquietudes, las ansias, los temores, la desesperacion. La religion de Jesu-Christo no dexa mas que un deseo principal, que sojuzga, y modéra todos los demás; el deseo de un bien que está en el poder de todos los hombres, el deseo de asegu-

rar la felicidad venidera ; y con esto mismo calma las inquietudes de la vida presente.

Las mismas pasiones que forman la desgracia del hombre , sirven tambien para exâsperarle. Un transtorno de fortuna abate al ambicioso ; las humillaciones derriban al soberbio ; las enfermedades y los achaques desesperan al voluptuoso , y quando la muerte se presenta , el hombre de la fortuna y de los placeres , que no vé despues de su vida sino una destruccion eterna, ó una eternidad de suplicios , se halla reducido á invocar la misma nada que le hace horror , para escaparse de los suplicios que le hacen estremecer , y tiembla aun por el temor de no ser oído.

Si la religion de Jesu-Christo no procura siempre infaliblemente los beneficios temporales que se han manifestado, es porque no son su último fin ; y por lo mismo jamás los promete. Pero nos abre siempre el camino mas comun, y ordinariamente el mas seguro para conseguirlos. Sino preserva de las penas inseparables de la humanidad, si no quita nuestra sen-

sibilidad en las afficciones, las modera pero, por el espíritu de abnegacion. Las enfermedades y el dolor pierden una parte de su amargura para con el Christiano ya crucificado con Jesu-Christo por la mortificacion de los sentidos. Las humillaciones, las desgracias, y las privaciones de la indigencia , son siempre menos sensibles á un alma, que mirando la gloria del mundo y todas las riquezas de la tierra , como una sombra que pasa , se apresura á llegar al reyno que le está destinado. La fé saca de nuestra misma sensibilidad, un objeto de consuelo y de alegría. Nuestras penas son , en el orden de la Providencia , el camino ordinario que conduce á la verdadera felicidad. En las humillaciones , en la pobreza , en las desgracias, estâmos siempre baxo los ojos de un Padre tierno, que se ha declarado especialmente el protector del pobre y del afligido. La indigencia no nos ha enpobrecido en su consideracion ; la calumnia no nos ha deshonrado en sus ojos. El vé en el justo afligido y perseguido , la pureza de un alma recta ; la

inocencia calumniada, es aun mas digna de sus complacencias, y la magnitud de las penas debe ser la medida de la felicidad que ha prometido. El mismo ha entrado en su gloria por la cruz; y por ella deben entrar despues de él sus escogidos. La muerte que espanta la naturaleza, rompiendo los vínculos que retardan su felicidad, destruyendo el frágil edificio que los tiene cautivos, y reduciendo su cuerpo en cenizas, no hará mas que despojarles de todo lo que tienen de mortal, para introducirlos en una nueva vida. Jesu-Christo lo ha prometido; ha puesto esta misma cruz en las manos del Christiano por prenda de su palabra; y por una alteracion del orden moral, que solo podia obrarse por la omnipotencia de Dios, el instrumento de un suplicio, cuya sola vista hacia temblar la humanidad, muda de naturaleza, y difunde la calma y la serenidad en el alma, desde que el Hijo de Dios le ha hecho el instrumento de nuestra salud. Yá el desgraciado experimenta la virtud omnipotente de aquel que ha espirado en ella, y recibe anti-

cipadamente el gusto y la señal segura de la felicidad que le ha prometido.

En segundo lugar, considerado el hombre respecto á la sociedad civil. Todos los dias nos lamentamos de la ingratitud, de la maldad, de la envidia de los hombres; murmuramos de sus injusticias, nos indignamos de su orgullo y de su perfidia, nos irritamos contra un desgraciado vil egoísmo, que concentrando todo el hombre en el interés personal, no le dexa sensibilidad para con sus semejantes. Tal fué antiguamente el carácter de los Gentiles (1). Jesu-Christo substituye á estos vicios la justicia y la caridad. Haganse reynar estas dos virtudes sobre la tierra, y se hallarán en la sociedad las dulzuras y los beneficios que los vicios han hecho desaparecer. Cada qual, aplicado á las funciones de su estado, se encontrará baxo la proteccion de todos, contribuirá al interés comun, trabajando por el suyo propio, y no habrá otros males en la tierra, que aquellos que son inseparables de la humanidad.

(1) Rom. 1. v. 31.

Una falsa política llama el lujo y los plácemes al socorro de la sociedad, para activar el trabajo y la industria, y hacer refluir sobre los pobres la sobra-abundancia de los ricos. Pero no atiende que el amor de los plácemes y del lujo, absorviendolo todo, produce necesariamente los fraudes, los robos, los cohechos, &c., que son el azote de la sociedad; que este amor que nace del egoísmo, hace insensible en las necesidades del indigente; y que los bienes que el lujo derrama sobre la industria, infinitamente pequeños en comparacion de los males que causa, no son por lo comun sino los despojos de una multitud de infelices que están oprimidos.

La religion de Jesu-Christo se dirige al bien público, por un camino mas seguro, mas sábio, mas simple, y mas noble. Pone sus virtudes en el corazon, y procura todos los bienes reales de la sociedad, sin hacerle sentir las desgracias que producen los vicios: Porque es tal el carácter de una religion divina, que siendo esencialmente santa, y sábia, á semejanza de su autor, obra por su na-

turalidad el mayor bien, y los abusos que ocasiona, nunca provienen sino de las pasiones que detesta.

En tercero lugar, considerado el hombre respecto al orden público. Jesu-Christo viene á consolidar todas las partes de la administracion civil, asegurandola sobre las firmes bases de su religion. Pasémos á exáminarlo.

En todos los gobiernos, la prosperidad de los estados depende de la conservacion de las costumbres públicas, de la sabiduría y observancia de las leyes: Y es cierto que no hay religion mas propia á formar las costumbres, que la de Jesu-Christo; ni ley mas sábia y mas bien adecuada á las necesidades del hombre, y al bien de la sociedad, que la evangelica. Esta verdad acaba de ser demonstrada. Vivan pues los Príncipes y los vasallos conforme á las máximas del Evangelio; tomen los Legisladores esta ley santa por modelo de su legislacion, dirijanse por el amor de los hombres y de la justicia que él les recomienda; fomenten y honren las virtudes que él enseña; repriman los vicios que

condena; decreten con equidad las penas y las recompensas, para hacer observar sus leyes; dén ellos mismos el exemplo de los debéres que prescriben; y todo estará en orden. Jesu-Christo vendrá tambien al socorro del gobierno, atando la conciencia á las leyes del Estado; hará amar la obediencia, añadiendo á las penas y á las recompensas que aquellas establecen, las penas y las recompensas de una vida futura; y resultará de este concierto la legislación mas sabia, y el gobierno mas feliz.

A fin de atender el Príncipe á todas las partes del gobierno, se vé obligado á partir con sus oficiales las funciones de la administracion pública; y la felicidad de los pueblos depende de la capacidad, entereza, y vigilancia de aquellos que pone en ejercicio. Si la religion de Jesu-Christo no dá talentos, va á buscarlos, los empléa, porque se halla dirigida por el amor del bien público; y siempre dá las virtudes que impiden los abusos. Un Príncipe religioso no confiará los empleos sino á hombres capaces; y estando dignamente provistas

todas las plazas, serán tambien sabiamente administradas todas las partes del gobierno.

La abundancia hace florecer los Estados; mas la concupiscencia descuida las verdaderas riquezas, para acopiar bienes facticios; va á un nuevo mundo á arrancar de las entrañas de la tierra, un funesto metal, que el Autor de la naturaleza habia sabiamente ocultado á nuestra vista; quita á la patria una multitud de cultivadores que procurarian bienes reales. La sensualidad y el luxo, siendo de esta suerte alimentadas por una ciega ambicion, producen una infinidad de necesidades, y disminuyen á proporcion los recursos. Se parece mas rico, y se vuelve en efecto mas pobre. La fortuna que derrama sus tesoros en las manos de un pequeño número de felices, dexa privados de lo necesario á una multitud de indigentes; y el rico que lo posee casi todo, nunca cree tener lo bastante. Para desterrar pues la indigencia, bastaría hacer revivir la frugalidad, la simplicidad de las costumbres, el amor del trabajo, y excitar la

caridad christiana: Entonces una sábia economía procuraría la abundancia; y lo superfluo de los ricos, no teniendo otro destino, refluiría naturalmente sobre las necesidades del pueblo, y el bien del Estado. Las riquezas que hoy se envidian á los Monasterios, han sido el fruto de sus virtudes modestas: Los Monges viviendo en la simplicidad y moderacion de una vida laboriosa, han llegado á transformar en hermosas campiñas, los vastos desiertos que se les habian abandonado: Fertilizados por sus trabajos, estos áridos terrenos, han enriquecido las provincias. Los pobres han venido á buscar en ellos socorros asegurados, ocupandose en trabajos útiles; la poblacion se ha aumentado á tenor de los mismos socorros; ha formado insensiblemente aldeas y villas al rededor de los Monasterios, en las mismas soledades ántes incultas; y las riquezas de aquellos, procurando la comodidad de los ciudadanos, se han hecho las riquezas del Estado.

La poblacion aumenta el poder de los pueblos, y toda sábia política debe fo-

mentarla; pero el hombre prudente teme los gastos que un luxo de moda ha hecho indispensables en casi todas las condiciones; ve que una mediana fortuna no alcanzaría para ellos, y se queda celibe. La experiencia de una depravacion casi general, hace desconfiado y difícil en la eleccion de consorte; y muchos por el temor de hacerse infelices, prefieren el celibato; abrazando algunos el del libertinage, á fin de vivir con menos inquietud y violencia. Los deseos de enriquecer á un hijo privilegiado, conducen al padre á que dexé sin fortuna los demás, y les precise á un celibato de política. Hagase observar el Evangelio, y se obviarán las pérdidas que estos abusos causan á la poblacion. Dos esposos sin costumbres, no pudiendo estimarse, acaban por aborrecerse, la discordia produce la separacion, y desde entonces cesa la posteridad. Víctimas desgraciadas de la prostitucion preparan lazos á la inocencia, corrompen las costumbres públicas, desvian del matrimonio, ó dividen los esposos; y heridas ellas mismas de la esterili-

dad, ó de un azote todavía mas horrendo, quedan sin sucesion, ó no dan al Estado sino hijos desgraciados. ¡Quantas generaciones se han de esta suerte perdido, que las habría salvado la religion! ¡ quantos celibes se hallan ocupados en servir á la vanidad de los grandes, que la religion la huviera reformado! ¡ quantos ciudadanos perecen por las guerras, ó por los odios particulares, que la religion los conservaría! ¡ quantos huérfanos, quantos pobres, quantos enfermos perecerían si la religion no viniese á socorrerlos!

Los caudales que son necesarios para mover los diversos ramos del Estado, se agotan por las prodigalidades y hurtos; paranse luego los resortes de la administracion, y todo padece. Entonces á fin de acudir á las necesidades públicas, se recargan los pueblos; se machaca el pobre y para sacar de él lo que no puede dar, se le quita hasta el recurso del trabajo sobre que vivia: Oprimido por el peso de unas providencias que no puede soportar, se ve precisado á perecer, ó á entregarse al ladronicio á fin

que tenga de que subsistir. Mas, si la religion de Jesu-Christo habla al corazon de los vasallos y del Príncipe, siendo fielmente administrados los bienes del erario, arregladas á la fortuna de los vasallos las imposiciones, repartidas con equidad, y pagadas con exáctitud, la economía y entereza de una sabia administracion duplicarán las rentas del Monarca, y aliviando los pueblos, conservarán tambien recursos siempre prontos para ocurrir á las necesidades imprevistas del Estado.

Si el mundo huviese recibido la justicia, y caridad que Jesu-Christo vino á traerle, la guerra se hallaría desterrada del universo. Amándose todos los hombres como á hijos de una misma familia, las recíprocas pretenciones de los Príncipes y de los pueblos, se terminarían por la mediacion. El Soberano que se atreviese á pasar los sagrados límites de la justicia, encontraría todas las naciones armadas contra él: La religion reuniría todos los pueblos en defensa de un Estado oprimido; á la manera que llama todos los ciudadanos al socorro de

un pupilo sin apoyo. Y atendido que la ambicion de las conquistas hace alguna vez la guerra inevitable, esta misma religion tan pacífica como es por su espíritu, forma los exercitos mas formidables para la defensa de los Estados.

Ah! ¿que es lo que constituye la fuerza de las armadas, y decide sus sucesos? ¿Es el número de los combatientes? la religion los multiplica aumentando la poblacion. ¿Es la vigilancia y habilidad de los Gefes? serán estos siempre capaces y vigilantes, si la religion arregla su eleccion. ¿Es la fuerza y espíritu de los militares? la religion prescribe todos los vicios que enervan el valor. ¿Es la subordinacion, y la conservacion de la disciplina? la religion forma de ellas un debér y un habito. Los caudales son necesarios para atender á los gastos de la guerra; la religion los procura por una sábia economía. Los exercitos se debilitan por las deserciones, los ladronicios, la corrupcion de las costumbres; la religion arregla las inclinaciones, y prescribe la justicia. La

envidia, ó la traicion de los Gefes, bur-
lan los planes mas bien concertados, ha-
cen perder las armadas enteras; la reli-
gion previene todos estos atentados. El
luxo y la cobardía arrastran tras los
exercitos una multitud de hombres inú-
tiles que consumen lo que necesitan los
demás, hacen mas lentas sus marchas,
mas embarazosas las evoluciones, mas
dificiles las campañas; la religion evita
estos desórdenes. La desolacion de las
tierras enemigas, que destruye el traba-
jo de los labradores, disminuye los re-
cursos de los exercitos; la religion que
prohibe dañar al enemigo sin necesi-
dad, protegiendo las posesiones de los
labradores, conserva tambien las rique-
zas que pueden hacerse necesarias. En
las circunstancias de carestía, de mar-
chas forzadas, de trabajos penosos, los
hombres enflaquecidos por la sensuali-
dad, el luxu, y la ociosidad, quedarán
rendidos; los Christianos habituados al
trabajo y á la austeridad de las costum-
bres, resistirán á las privaciones y á las
mas récias fatigas. Se debe, por fin,
una recompensa al valor, y se necesitan